

10 CAMPEONES URBANOS

Menú para todos: museos (Prado, Thyssen y Reina Sofía), plazas (Puerta del Sol, Mayor) y visitas mitómanas (Bernabéu y Museo de Cera).

Páginas 6 y 7



ALCALÁ, 'CUM LAUDE'

La universidad (de más de 500 años) le da un vivo ritmo estudiantil. El toque literario lo pone Cervantes, y las cigüeñas, altos vuelos.

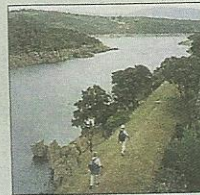
Página 11



CAMINOS AL NATURAL

Verde y agua. Una maraña de cañadas reales, embalses que dan de beber a Madrid y paisajes graníticos del Manzanares.

Páginas 8, 14 y 15



Perspectiva desde la Lonja de las fachadas norte y oeste (la principal) de El Escorial, edificio de Juan de Herrera construido en la segunda mitad del siglo XVI.

SANTI BURGOS

# Puntos de fuga

Sabor madrileño en una veintena de recorridos urbanos y rurales

El Escorial y sus volúmenes sin tiempo. Alcalá de Henares y su chocolate con migas. Malasaña y su hora punta (las cuatro de la madrugada). Mil y una ideas para perderse en una comunidad vibrante.

MARCOS GIRALT TORRENTE

**H**ay lugares que parecen haber perdido su nombre, porque se lo ha usurpado un acontecimiento sucedido en ellos o un monumento que allí se halla, y hay lugares que, por lo mismo, lo tienen multiplicado. Se dice también que hay lugares por los que el tiempo no pasa, pero esto nunca es cierto. El tiempo siempre trae cosas nuevas, y corrompe, si no destruye, lo ya hecho. Todo lo más que se puede decir es que hay lugares que consiguen sobrevivir al tiempo sin que

los estragos a él debidos los mermen del todo.

El Escorial son dos poblaciones: una, la original, la villa de El Escorial, y la otra, San Lorenzo, que nació en las proximidades del monasterio. De la primera, sin embargo, el viajero ocasional apenas tiene noticia salvo que llegue en tren. La que le importa, la que le atrae, es la de San Lorenzo, un pueblo serrano que creció en la ladera del monte Abantos en tiempos de Carlos IV, cuando éste quitó al prior del monasterio la administración sobre las tierras circundantes y edificó en ellas para alojar a su numerosa corte. Posteriormente, mediado el siglo XIX, tras la

**Para Unamuno, El Escorial hay que gozarlo con "ánimo desprevenido y sereno"**

Desamortización de Mendizábal y el abandono en el que quedó sumido el complejo, las casas de los antiguos cortesanos empezaron a ser alquiladas por la burguesía madrileña, hasta que, a principios del XX, con la creación de nuevos barrios, se convirtió en una de las ciudades de verano más famosas de la Península.

Escribe Manuel Azaña en *El jardín de los frailes*, las memorias de su estancia como estudiante en el colegio de El Escorial, que, así como muy pronto le sobrecogió la belleza del paisaje, el aire y la luz del entorno, experimentando gracias a ellos sus pri-

Pasa a la página 3



PUNTOS DE FUGA

Viene de la página 1

meros momentos de exaltación sensual, víctima del prejuicio tardó en cambio en comprender el valor arquitectónico del monasterio, "superior en dignidad —como del ingenio humano— a las obras naturales". Ese prejuicio, del que consiguió zafarse, no ha sido exclusivo de él, sino que, a caballo de la leyenda negra española fomentada por los ingleses para combatir ideológicamente a quien entonces era su enemigo, ha acompañado a la obra emblemática de Felipe II desde prácticamente su fundación. Dice Unamuno, en un escrito de 1912, que "apenas hay quien se llegue a visitar El Escorial con ánimo desprevenido y sereno, a recibir la impresión de una obra de arte, a gozar con el goce más refinado y más raro".

Efectivamente, resulta imposible visitar o pensar en El Escorial sin tener en cuenta a Felipe II, sin dejarse influir por la idea preconcebida que se tenga de él. Parece que fueron dos los motivos que lo llevaron a crear el monasterio de El Escorial. Uno, cumplir el mandato de su padre, que en su testamento le había encargado buscar una sepultura para él y sus descendientes, y el otro, conmemorar la victoria sobre los franceses en San Quintín, la única batalla a la que asistió, que sucedió un 10 de agosto (festividad de San Lorenzo), y que, según algunos, dejó una impresión tan honda en él por el saqueo de tres días, como marcaba la ley de la guerra, al que se entregaron las tropas españolas, que quiso purgar con él su parte de culpa.

Fuera cual fuera su intención principal, lo que está claro es que, más allá de las tareas de gobierno, el monasterio fue su empeño más duradero. No sólo por el tiempo invertido en su construcción, desde 1561 hasta 1584, sino, sobre todo, porque lo diseñó a la medida de su compleja personalidad, e intervino por eso de manera determinante en todas sus fases. Eligió el emplazamiento, decidió las funciones que debía albergar el edificio (monasterio, colegio, palacio, iglesia y mausoleo), marcó la pauta de los sucesivos proyectos arquitectónicos que se le fueron mostrando para su consideración y, algo que suele olvidarse, ya que sólo han sobrevivido los bellísimos jardines de la Herrería, creó el entorno paisajístico, comprando y acondicionando todas las tierras de los alrededores para que nada, salvo la naturaleza, enturbiara la visión desde las ventanas del edificio.

Una de las más bellas vistas que hoy pueden contemplarse del monasterio es la de la Herrería. Ann así, ni siquiera ésta da una idea exacta de lo que veía Felipe II desde la famosa silla que hizo tallar en una roca para contemplar las obras. La magnificencia del edificio, su capacidad para fundirse sin parecer menos con el impresionante entorno de la vertiente suroriental de la sierra de Gredos en la que se halla, queda mermada, manchada diríamos, por la contaminación que para la vista supone el pueblo de San Lorenzo y las urbanizaciones que han crecido monte Abantos arriba. Y, sin embargo, si conseguimos abstraernos, si permanecemos atentos al volumen y a la incidencia de la luz sobre el granito de que está construido, es difícil no quedar admirados. No hace falta recorrer el interior, aprender sobre su traza renacentista, saber de la biblioteca en la que Felipe II llegó a reunir 40.000 volúmenes, para que el monasterio ejerza su poder. Basta con mirarlo desde lejos.

Armadas y ejércitos

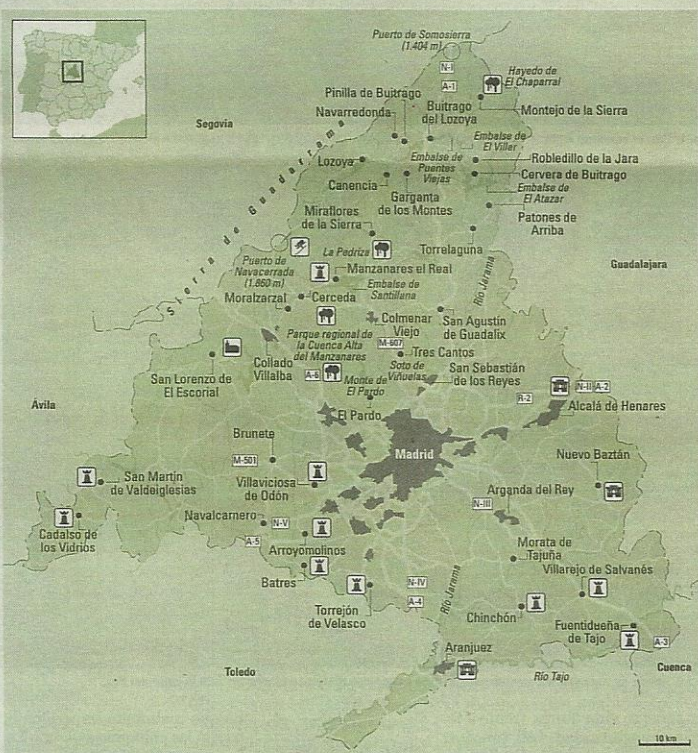
Pero El Escorial, con sus dos pueblos, no es sólo el monasterio, ni Felipe II el único rey que dejó su impronta en él. Desde 1563 no hay acontecimiento relevante en la historia de España que no le haya influido. En El Escorial tuvo Felipe II noticia de la victo-



Escalinata que da acceso a la explanada del monasterio de El Escorial desde la calle de Floridablanca.

SANTI BURGOS

GUÍA PRÁCTICA



JAVIER BELLOSO

Información

■ **Comunidad de Madrid**  
(www.madrid.org; 012).

■ **Turismo de la Comunidad de Madrid** (www.turismomadrid.es; 902 10 00 07). Mapas, monumentos, museos, espectáculos... Tiene una guía online de alojamientos.

■ **Oficina de turismo de San Lorenzo de El Escorial** (918 90 53 13; www.sanlorenzoturismo.org).

■ **www.patrimoniocultural.es**.

■ **Turismo municipal de Madrid** (www.esmadrid.com; 915 88 16 36).

■ **Transportes públicos de la Comunidad de Madrid**

(www.ctm-madrid.es). Existe un abono turístico válido para moverse en la ciudad y en toda la comunidad. Cuesta entre 3,80 y 7,60, respectivamente, para un día, y 19,60 y 39,60 para siete días.

■ **Asociación Hotelera de Madrid** (www.aehm.es).

Una de las más bellas vistas del monasterio es la de la Herrería

ria de Lepanto y de la derrota de la Armada Invencible; en la guerra de Sucesión que enfrentó al duque de Anjou, futuro Felipe V, con el archiduque Carlos de Austria, los ejércitos de ambos ocuparon sus tierras; en la de la Independencia, el ejército napoleónico lo saqueó; en la I Guerra Carlista, partidas armadas de don Carlos frecuentaron sus montes; durante el

reinado de Isabel II perdió el monasterio sus dominios, y la orden monástica que estaba a su cuidado fue expulsada; en la Guerra Civil permaneció fiel al Gobierno de la República, lo cual le valió ser bombardeado por la aviación franquista, dicen que por el exceso de celo de los pilotos alemanes, desconocedores del aprecio que el futuro dictador tenía por el lugar.

El monasterio es el centro de los dos Escoriales y, cabe decir, también su razón de ser; pero no lo es todo, ni mucho menos. Al margen de éste y de las dos casas de oficios proyectadas frente a la explanada de la Lonja por Herrera para el alojamiento de los trabajadores del monasterio, el pueblo de San Lorenzo posee un riquísimo patrimonio que se articula, con un trazado en cuadrícula típico de la Ilustración, en torno a sus dos calles principales: la del Rey, en la que se concentra el comercio junto a edificios históricos como las **Cocheras del Rey** o la Casa del Cónsul de Francia, que fue la primera obra que Villanueva realizó en el pueblo, y la de Floridablanca, un paseo arbolado en el que se hallan el Real Coliseo Carlos III, la Casa de los Doctores, la Casa del Alcalde Mayor o el antiguo palacio de Godoy.

Dos caprichos

Más allá de esas dos vías, se alzan las casas del marqués de Campo Villar, las de los duques de Alba y de Medinaceli o el cuartel de Inválidos y Voluntarios a Caballo. No hay que olvidar en el recorrido, fuera del centro urbano, los dos caprichos dieciochescos que Villanueva proyectó como pabellones de recreo (la Casita del Infante y la Casita del Príncipe), ni tampoco los barrios burgueses del Plantel y de Abantos, con sus casas ajardinadas del novecientos.

Tradicionalmente, la población de San Lorenzo se dividía entre los residentes permanentes, que, al contrario que en otros pueblos de la sierra, no vivían del campo, sino de los servicios, y los de temporada, que iban en verano y, más concretamente, en el mes de septiembre, tras pasar los meses de calor en Fuenterrabía o Biarritz. Hoy ambas poblaciones han crecido: la primera, por haberse convertido el pueblo en una ciudad dormitorio más de Madrid, y la segunda, por las urbanizaciones que han seguido haciéndose en las cercanías. El Escorial ya no es triste en invierno, como tenía fama. En la puerta de una casa, un niño que se llama Mohamed juega a la pelota con una niña que se llama Reina. Quizá ninguno de los dos tenga noción todavía del origen de la ciudad que habitan. O quizá sí; quizá, como a Azaña, y les sobrecoja el Jardín de los Frailes.

■ **Marcos Giralt Torrente** (Madrid, 1968) es autor de las novelas *París* y *Los seres felices* (Anagrama).